

los espacios en los hogares de la elite santafereña en el siglo XIX desde una perspectiva de género

Suzy Bermúdez*

Con la Colaboración de Diana Urbano**

presentación

El propósito de este artículo es estudiar el ámbito doméstico de la elite de la capital de Colombia en el curso del siglo XIX, pues los salones, el costurero o la biblioteca no eran lugares neutros¹, sino que reflejaban en su seno el androcentrismo² que caracterizaba la sociedad.

Es conveniente señalar que a la llegada de los conquistadores y a lo largo del período colonial, debido a la tradición judeo-cristiana y fortalecida ésta por el desarrollo del capitalismo, se implantó el imaginario de una cultura antropocéntrica³ que no coincidió con muchas de las tradiciones indígenas. Es más, recordemos que quienes llegaron hacían parte de culturas sedentarias que mantenían una relación con el entorno caracterizada por la propiedad privada⁴.

Durante los tres siglos de colonización, la “explotación” y “dominación” del territorio fueron la base de la “civilización” y el “progreso” decimonónico. Entre más alejado/a se estuviera de la naturaleza y mayor “orden” se impusiera, mejor⁵. Se valoró entonces más la producción, la acumulación y el consumo, que la reproducción; de acuerdo a la perspectiva de género, se impulsó así más claramente una cosmovisión y patrones relacionales asociados con lo masculino occidental que con lo femenino. Es así como quienes estaban más cercanos a la tierra, a la naturaleza y a su preservación se las/os valoró menos, así como quienes basaban su conocimiento en la práctica, como por ejemplo, las mujeres en sus hogares, los/as campesinos/as, los/as artesanos/as, etc.

Los estudios sobre las relaciones de género señalan que en culturas patriarcales como la nuestra, se asocia con lo masculino esa subvaloración del territorio, del cuerpo y de lo “natural”, pues a estas últimas se las asocia con lo femenino. Ocurre igualmente con el conocimiento abstracto (masculino) frente al práctico (femenino).

* Profesora del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

** Estudiante de Historia de la Universidad de los Andes

¹ GARCIA C. María Inés, “Espacio diferenciado de género. Hacia la configuración de heterotopías de placer”, en *En otras palabras...*, N° 5, Grupo Mujer y sociedad, Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la mujer y fundación promujer, Bogotá, 1999.

² Es decir, el patriarcalismo y etnocentrismo.

³ El hombre y la mujer como centro del universo.

⁴ MERCHANT, Carolyn, *Ecological revolutions*, The University of North Carolina Press, USA, 1989.

⁵ RAMIREZ, María Himelda, “El género y el desorden en Santafé Colonial. 1750-1810”, en *En otras palabras...*, *ibid.*

En las líneas que siguen, presentamos algunos ejemplos de cómo el “orden” y el “progreso” tan buscados por los dirigentes decimonónicos, fortalecieron la mirada masculina en detrimento de la femenina en el antiguo espacio habitado por los muiscas a partir de la conquista. Más tarde se revisarán con mayor detalle los hogares de la oligarquía de la capital. Por último se introducen unas ideas que sirven de cierre al escrito.

1. el espacio de la ciudad

La constitución del espacio urbano en América Latina fue un proceso complejo, en el cual se mezclaron culturas diferentes: los peninsulares de origen católico con los indígenas americanos. Fabio Zambrano y Olivier Bernard⁶ establecen que las sociedades prehispánicas crearon diversas formas originales de organizar el espacio. Las mismas fueron desarrolladas colectivamente, pero cambiaron radicalmente con la Conquista cuando los pobladores europeos introdujeron otra lógica de organización del entorno: la ciudad. Los autores señalados indican que “La ciudad asumió el papel de ser un gran escenario donde se representaba el poder y por ello el espacio urbano se dispuso de cierta manera. Por sus estructuras, las ciudades mostraban lo que se concebía como **orden**: los ángulos rectos, las aguas canalizadas, los emblemas como las plazas y las fuentes surgieron como las **victorias de la cultura sobre la naturaleza**”⁷ (subrayado nuestro). Estos serían los primeros pasos dados hacia la masculinización del espacio.

Aída Martínez señala que el modelo de cuadrícula establecido en las ciudades hispanoamericanas introdujo un diseño geométrico “excéntrico a la naturaleza”, pues no era éste el que caracterizaba sus formas y volúmenes⁸. Fue este diseño el que terminó rigiendo el espacio vital de hombres y mujeres. Alrededor de la plaza cuadrada, se construyeron las casas y los cuartos en ellas; más tarde las manzanas y en esta angulosidad creada, se ordenaron las calles y esquinas (anexo 1 A y B).

Para el siglo XIX, el esquema que los españoles habían tratado de implantar desde la Conquista, con la organización de “dos” sociedades ideales, la república de blancos (la ciudad) y la república de los indios (el campo) había fracasado desde el siglo XVIII. El espacio urbano había sido invadido por mestizos/as negros/as e indígenas y, al mismo tiempo, los/as blancos/as pobres se volvían campesinos/as⁹.

Durante el siglo en estudio, Bogotá, al convertirse en la capital de la joven República, se constituyó en punto neurálgico del país. La ciudad era descrita por los viajeros extranjeros como sorprendentemente aislada con relación a los puertos marítimos que

⁶ ZAMBRANO, F., BERNARD, O., *Ciudad y territorio, el proceso de poblamiento en Colombia*, Academia de historia de Bogotá, Instituto francés de estudios andinos, Fundación Misión Colombia, Colombia, 1993.

⁷ O., *cit.*, p.14.

⁸ MARTÍNEZ C. Aída, “La vida material en los espacios domésticos”, en *Historia de la vida cotidiana en Colombia*, Grupo editorial Norma, Bogotá, 1996, p.

⁹ ZAMBRANO F., BERNARD O., *op. cit.*

eran los que permitían el contacto con los países europeos, e inclusive con el resto del país. Al finalizar el siglo, no había variado sus límites urbanos con relación a las postrimerías de la Colonia, aun cuando su población había aumentado: durante el período de 1800 a 1905, la población varió de 21.464 a 100.000 habitantes y como resultado el espacio urbano se redujo y el doméstico pasó a estar dividido en muchas viviendas¹⁰.

El equipo de investigadores de la Fundación Misión Colombia¹¹ describe que al comienzo del siglo la ciudad contaba con cuatro barrios: La Catedral, Las nieves, Santa Bárbara y San Victorino¹². Luego estos sectores se subdividieron, dando origen a nuevos barrios. Esta división administrativa concordaba con la eclesiástica. El barrio más importante, a nivel político y social, era La Catedral, debido a que en él se concentraban las sedes judiciales, administrativas, legislativas y eclesiásticas; también la mayoría de las iglesias y viviendas de la oligarquía. Era la zona mejor abastecida de agua y en ella se encontraban las casas de dos pisos existentes en la ciudad. Es de aclarar que no era común hallar viviendas de dos pisos porque la arquitectura bogotana era bastante modesta. También los investigadores especifican que predominaban las de un piso con paredes gruesas debido a los frecuentes temblores; además se anota como hecho curioso la casi inexistencia de chimeneas en una ciudad tan fría, debido a que persistieron por algún tiempo las creencias que les atribuían poderes maléficos, como lo relata el cronista José María Caballero¹³.

Existía una carencia de parques y jardines públicos pero esto no afectaba a las elites capitalinas, ya que sus hogares contaban con amplios patios, huertas y solares, donde abundaban árboles y cultivos caseros de hortalizas y otros alimentos. De igual forma, se conoce que a nivel público la plaza más importante era la Plaza Mayor (hoy la Plaza de Bolívar) la cual se encontraba rodeada por La Catedral, las sedes de autoridades civiles y eclesiásticas, algunas familias distinguidas y pocas chicherías. La plaza era centro de tertulias y en ella se celebraba el mercado de los viernes.

Para finales de siglo, la única variación que se identificaba en cuanto al crecimiento del área urbana era el norte, donde se empezaba a poblar lentamente el caserío de Chapinero con casas y quintas de recreo. Los bogotanos acudían al norte a respirar aire puro. La línea del tranvía, el hipódromo y el templo de la Virgen del Lourdes le dieron un nuevo impulso al sector. Con esto se creó una distinción entre dos zonas de Bogotá que hasta hoy persiste: uno, representado por las personas pudientes económicamente y el otro conformado por el resto de la población

Patricia Londoño contribuye a esta discusión, describiendo cómo en la ciudad se encontraban establecidos espacios para los hombres y otros muy diferentes para las

¹⁰ Fundación Misión Colombia, *Historia de Bogotá*, t. II, Director del siglo XIX, Eugenio Gutiérrez Cely, Villegas Editores, 1988.

¹¹ *Op. cit.*,

¹² No era casual la utilización de nombres religiosos, pues la Santafé de Bogotá de aquel entonces contaba con más iglesias católicas que París, siendo esta ciudad más pequeña.

¹³ Fundación Misión Colombia, *op. cit.*,

mujeres¹⁴. Explica que Santafé no contaba con cafés o restaurantes para que la elite socializara, por lo tanto las familias y amistades se reunían en las casas en veladas, durante las cuales se tomaba el chocolate, se jugaba a las cartas y se conversaba, después de haber rezado el rosario. Los hombres se reunían al atardecer en el atrio de la catedral, se paseaban en grupos o se iban a algún establecimiento a fumar, leer periódico o jugar billar, mientras que las jovencitas se visitaban en sus casas o tocaban el piano.

Según la publicación de Alberto Saldarriaga, Antonio Castañeda y Benjamin Villegas¹⁵, se observa que durante el siglo XIX existe un mayor sentido del bienestar, apoyado en los avances de la provisión domiciliaria de servicios públicos y en los conceptos de higiene y calidad de vida. Estos servicios fueron integrados a la vida doméstica bogotana. Durante la mayor parte del siglo, los mecanismos de provisión de agua fueron rudimentarios. La ciudad se abastecía de los ríos que pasaban de oriente a occidente, como el San Francisco, el Arzobispo y el Manzanares. De éstos salían cañerías que llevaban el líquido a pilas de donde era tomado por las aguadoras que lo transportaban a las casas¹⁶. Es importante anotar que para comienzos de siglo solo las familias pudientes tenían el privilegio de las “Mercedes de Aguas”, que consistían en poseer una cañería que desviaba el líquido hasta las casas; la mayoría de ellas estaban ubicadas en la parroquia o barrio de la Catedral (anexo 2).

El equipo de la Fundación Misión Colombia ya mencionado¹⁷ relata cómo la constitución del servicio de abastecimiento del agua, a lo largo del siglo, fue un proceso complejo. Aun cuando el Cabildo contrató a particulares para que hicieran el mantenimiento de las cañerías, cajas de reparto y fuentes públicas, las personas encargadas se dedicaron a lucrarse y abandonaron la preservación de la salubridad ciudadina. Esto causó muerte y enfermedades. En el año de 1886, dos particulares, Ramón B. Jimeno y Antonio Martínez de la Cuadra, instalaron el acueducto de hierro como parte del espíritu de la época comprometido con el orden y el progreso. Si bien se trataba de un paso necesario para las condiciones de la capital, el cambio continuaba con las deficiencias antes mencionadas, como era la preservación de la existencia del líquido y la calidad del mismo.

Es de recordar que antes de la llegada de los europeos, las familias muiscas se abastecían directamente de los ríos y lagos del territorio y en parte por eso los reverenciaban. A medida que avanzó la “civilización”, el “orden” y el “progreso”, esto cambió. Los hogares siguieron extrayendo el agua, pero esta vez mediado por una nueva cosmovisión (la naturaleza estática al servicio del hombre y de la mujer), así como por las cañerías, pilas y más tarde el acueducto. Esto implicó una progresiva invisibilización del espacio, del territorio, al igual que el descuido de su reproducción.

¹⁴ LONDOÑO, Patricia, “La mujer santafereña en el siglo XIX”, en *Boletín cultural y bibliográfico*, Bogotá, vol. 21, 1994.

¹⁵ SALDARRIAGA A., CASTAÑEDA A., VILLEGAS Benjamin, *Casa republicana: Colombia's Belle Epoque*, Santafé de Bogotá. Villegas editores, 1998

¹⁶ Fundación Misión Colombia, *op. cit.*,

¹⁷ *Op. cit.*,

Otros ejemplos de invisibilización los encontramos en las vías públicas empedradas o en la noche que tiende a desaparecer. En cuanto a la limpieza e higiene de la ciudad en general, las lecturas dan cuenta de su inexistencia a pesar de los esfuerzos realizados por sus dirigentes. Recordemos que los mismos eran varones hegemónicos y que para seguir siendo considerados como tales, conocían poco de las tareas consideradas femeninas (de las que hablaremos más adelante) que eran las que permitían la sostenibilidad del entorno.

A principios de siglo, la limpieza de las calles era realizada por varones no hegemónicos: los presos. Las crónicas de viajeros describen que además de ser ellos quienes aseaban, de igual forma lo hacían las gallinas y la lluvia. Las zanjas de agua corriente que fluían por el centro de las principales calles y que habían sido abiertas con el objetivo de salubridad y limpieza, se convirtieron en un vehículo de propagación de basuras, debido a que después de las ocho de la noche se botaban en ellas cubos de desperdicios¹⁸.

En cuanto a la relación noche/día, tan sólo como otro ejemplo, nos gustaría señalar lo siguiente. Para comienzos del siglo, Bogotá contaba con un farol que se ubicaba en la alcaldía y en 1822 había cinco faroles de vela de sebo. Las autoridades se preocuparon por extender este servicio a numerosas calles de la ciudad, pero siempre existió el problema de los escasos recursos para hacerlo (anexo 3). Una de las calles que contaba con el alumbrado por farol era la Calle del Comercio, donde gracias a la iluminación se brindaba seguridad a los almacenes y tiendas. Los particulares rechazaban este servicio, porque lo veían como un impuesto más. El alumbrado doméstico estaba constituido por candiles o lámparas de sebo, pero poco a poco las familias acaudaladas empezaron a usar lámparas de vidrio y teátricas, que no generaban ningún olor y que eran importadas de Europa. La obscuridad capitalina, que permitía ser más conscientes a los bogotanos de los cambios que implicaba la noche y las posibilidades y limitaciones que ofrecía la misma, contrastaba con ciudades como Londres, que ya para esa época había logrado “menguar la noche” gracias al gas o hacerla cada vez más lejana al ojo limpio del/de la espectador/a. Al finalizar el siglo, Bogotá contaba con cuatro tipos de alumbrado público: faroles de vela de sebo, faroles de reverbero, faroles de petróleo y faroles de gas. Sólo el 7 septiembre de 1889 se instaló el alumbrado eléctrico.

Si bien el avance del alumbrado de la ciudad, en ocasiones con estrategias contaminantes, permitió pensar en la posibilidad de contrarrestar la inseguridad y facilitar la realización de actividades que antes no se hacían, también debilitó el contacto con la obscuridad y con el universo a partir de la misma, que nuevamente se trataban de elementos que culturalmente se asociaban y se asocian con lo femenino. La luz¹⁹, a partir del fortalecimiento de la visión como canal privilegiado de conocimiento en torno a la lecto-escritura, representó en occidente no sólo un símbolo

¹⁸ *Op. cit.*,

¹⁹ KELLER, Evelyn, GRONKOWSKI, Christine, “The mind’s eye”, en KELLER, Evelyn, LONGINO, Helen, *Feminism and Science*, Oxford University Press, 1996.

asociado con el conocimiento y la sabiduría, con la i-luz-tración, sino con lo divino. No es casual que una ciudad como París se la conozca como la ciudad “luz”, enfatizando su desarrollo. Escuchamos o leemos igualmente que las ciudades del “primer mundo” se precian por no tener noche, como lo es Nueva York en el presente. Por el contrario, en el imaginario decimonónico, la oscuridad característica de la noche, se la presentó cada vez más acompañada por la ignorancia, la confusión y el pecado. Se podría plantear además que la oscuridad para la Europa y la América letrada fue lo opuesto a “progreso y civilización”, por cuanto se la asoció a continentes como Africa “negra” o a ámbitos como la selva²⁰, los que de acuerdo a su “lectura” eran peligrosos, malsanos e indescifrables.

Creemos que mucho de lo expuesto sigue vigente y por tal razón se deben orientar estudios en este sentido, pues tal aproximación no sólo tiene implicaciones que limitan las relaciones entre los géneros, sino con el entorno y, además, puede tener componentes de racismo.

2. la transformación del espacio doméstico

Richard Blanton describe que las formas domésticas construidas en los hogares expresan la cultura y la reproducen por generaciones, haciendo tangible las divisiones sociales y las jerarquías comprendidas en el sistema cultural de una sociedad. La jerarquía social doméstica está evidentemente vinculada y reforzada cuando se vive la vida cotidiana en las actividades realizadas en las casas como hábitat; muchos aspectos de la forma de la casa pueden ser desplegados en la construcción del hábitat. La división, a su vez, especifica poderosos dominios sociales de la casa, por ejemplo, señalando espacios y cuartos específicos para las actividades de varones y mujeres²¹.

Las casas de vieja tradición hispánica transmitieron a las republicanas sus zaguanes, patios y corredores, con sus recintos en penumbra y sus solares sembrados de árboles o dispuestos para caballerizas. Castañeda, Saldarriaga y Villegas describen que “Entre 1820 y 1850 las casas se transformaron, a los muros de tapia y adobe se adhirieron papeles de colgadura. Se aplicaron moldaduras en yeso en los cielos rasos. A las fachadas lisas se añadieron portales y cornisas elaboradas. Se colocó vidrio en corredores y balcones”²².

Los autores de “Casa Republicana: Colombia’s Belle Epoque”, señalan que la arquitectura en Colombia sufrió una gran influencia cultural europea, en donde se vivía la “Bella época”, *movimiento que exaltaba el esteticismo, el espíritu lúdico y sensual, y el goce de los placeres materiales. Mencionan así mismo que en Bogotá, para este mismo período, se podía identificar una “bella época” en las costumbres y gustos sociales. No se debe olvidar que el incremento gradual en la actividad*

²⁰ Los escritos de Montserrat Ordóñez sobre la novela *La Vorágine*, de José Eustasio Rivera, ejemplifica lo antes expuesto; cf. MONSERRAT O., Vila, “La vorágine (Rivera)” en *Revista Credencial historia*, N° 110, Bogotá, 1999; RIVERA, José Eustasio, *La Vorágine*, Edición de Montserrat Ordóñez Vila, Cátedra, 1990.

²¹ BLANTON, Richard, “Architecture”, en *Enciclopedia of Cultural Anthropology*, vol. I, Henry Holt and Company, New York, 1996.

²² SALDARRIAGA A., CASTAÑEDA A., VILLEGAS B, 1998c. *op. cit.*, p. 14.

urbana coincidió con las reformas liberales que propiciaron el crecimiento económico de varios comerciantes que vivían en la ciudad; además la apertura hacia nuevas ideas que llegaban a través de la prensa, permitió realizar cambios en la arquitectura doméstica.

Carlos Martínez²³ manifiesta que al adquirir la sociedad bogotana un comportamiento más refinado, es decir similar al de la nobleza y la burguesía europea, se produjo la necesidad de crear un recinto apropiado para comer, pues antes el comedor compartía el mismo espacio de la sala o un salón. Esta determinación dio lugar a una galería sobre el patio. El comedor y el salón estaban situados a los lados opuestos; los otros lados estaban destinados a alcobas. De este modo, sobre el lado posterior, se abrían los cuartos dispuestos como depósito, cocina o habitaciones para el personal de servicio, los cuales circundaban un nuevo patio que se denominaría “patio de servicio”. Estas características se presentaban para las casas de un piso. Para las de dos pisos, el autor mencionado describe los siguientes cambios: el primero de ellos, fue diseñar una galería situada sobre la estancia de la fachada, a la cual desembocaba el zaguán y de donde partía uno de los extremos de la escalera que conducía al piso superior; la segunda variación fue crear en la planta superior una galería periférica al patio. La tercera fue construir salas de recibo hacia la calle con corredores cubiertos que daban acceso a los dormitorios. Al fondo del segundo piso se encontraba la cocina y la escalera trasera que conducía a las dependencias de la planta baja (anexo 4).

La explicación que se ha propuesto, para comprender cómo se conformaron a lo largo del siglo los espacios anteriormente descritos, se relaciona con los conceptos de individuo, privacidad e intimidad²⁴ entre las elites capitalinas. Miguel Ángel Urrego explica que la familia burguesa se encerraba en sí misma, en torno a su privacidad, y existía una clara diferenciación espacial y física entre ésta y las demás clases sociales²⁵. Esto se expresaba, según el autor, en sus nuevos barrios, sus viviendas amplias, las fachadas de las casas, los innumerables objetos con que las decoraban y en el uso de los servicios públicos. Esta noción estará, según Urrego, asociada al proceso de consolidación de la burguesía, puesto que la intimidad, junto con la noción de vida privada, fueron valoradas cada vez más por la cultura hegemónica. Así, la naciente burguesía adquirió nuevos valores, discursos y rituales que buscaban recluir tanto la vida en pareja como la familia. Esto se comprueba en la distribución espacial en el hogar; es así como se identificaban áreas que se diferenciaban en forma más notoria por factores como el género, la edad y la clase.

Si durante el Período Colonial se asociaba a la mujer con el hogar, después de la “Independencia”, esto continuó y se fortaleció no sólo por la influencia de la religión católica, que durante este siglo valoró la imagen de la Virgen – Madre, sino por la

²³ MARTÍNEZ, Carlos, *Santafé, capital del Nuevo Reino de Granada*, Editorial Presencia, 1987.

²⁴ BERMUDEZ, Suzy, en colaboración con DAVILA, María Camila, “La formación del ciudadano en el siglo XIX, desde una perspectiva de género”, inédito.

²⁵ URREGO M. A., *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*, Fundación Universidad Central-DIUC, Bogotá, Planeta Colombiana, 1997

Victoriana²⁶. La separación imaginaria que se construyó a lo largo del siglo XIX entre lo privado y lo público, sirvió para diferenciar las esferas entre los varones y mujeres hegemónicas/os, es decir de una minoría, pues el resto de la población difícilmente se acoplaba a esta propuesta, ajena a lo vivido.

A continuación, presentamos información sobre algunas de las áreas mencionadas, en las que podemos apreciar cómo, aunque al hogar se lo asociaba a nivel espacial con lo femenino, en su interior se reproducían las jerarquías de diferente orden que se manifestaban en lo público. La reciente publicación de Lucia Guerra asegura que "... en su calidad de espacio cerrado que provee alimento y protección, la casa se constituye en una extensión del espacio uterino"²⁷. Por tal razón, el espacio doméstico se asociaba a lo femenino: en él, la mujer era el centro y el corazón²⁸, o el "ángel" del hogar²⁹. Pero no olvidemos que este centro privado estaba sujeto a lo público; el corazón a la razón; y el ángel a Dios Padre.

Como lo señalábamos anteriormente, la imagen externa de la vivienda sufrió cambios notorios, pues era el símbolo público del poder socio económico de la familia (anexo 5 A y B). Alberto Corradine escribió que las casas de la oligarquía de la segunda mitad del siglo, vistas desde la vía pública, se apreciaban de la siguiente forma. En el caso de las de un solo piso, la apariencia exterior se veía determinada por la presencia del portón acompañado de una o más ventanas, que eran ventanucos al ras del muro o la ventana protegida por una reja sobresaliente. Para el segundo piso se apreciaban balcones corridos que se complementaban con las galerías interiores³⁰.

Los balcones y ventanas revestían gran importancia, especialmente para quienes pasaban la mayor parte del tiempo en la casa, como las mujeres, pues se convertían en el punto de encuentro entre la vida doméstica y la calle; en la mayoría de los casos, lo que separaba estos dos ámbitos eran las rejas o cortinas; existían muy pocas casas que poseían vidrios.

Silvia Arango señala que la relación con la calle era gradual³¹. El zaguán de entrada era un punto neutro de transición enmarcado en dos límites: el portón de la calle, que permanecía abierto durante el día y el contraportón, cerrado, que marcaba la entrada definitiva a la vivienda, a través del patio o del vestíbulo. De acuerdo con Aida Marínez C., a lo largo del siglo se introdujeron en las salas muebles franceses, pequeños y variados, finamente trabajados y con estilos cambiantes que definieron el estilo de las casas decimonónicas; las viviendas se saturaron con estos objetos en

²⁶ MARTÍNEZ C., Aída, "Mujeres y familia en el siglo XIX, 1819 - 1899", en *Las mujeres en la historia de Colombia*, t. II, Consejería Presidencial para la política social, Editorial Norma, Bogotá, 1995.

²⁷ GUERRA, Lucia, "Las topografías de la casa como matriz transgresivas en la narrativa de la mujer latino americana", en *En otras palabras...*, N° 6, Grupo Mujer y sociedad, Universidad Nacional de Colombia, Corporación casa de la mujer y fundación promujer, Bogotá, 1999, en edición.

²⁸ BERMUDEZ, Suzy, *El bello sexo. La mujer y la familia durante el Olimpo Radical*, Ediciones Uniandes, Bogotá, 1993.

²⁹ GUERRA Lucia, *op. cit.*

³⁰ CORRADINE, Alberto, *Historia de la arquitectura colombiana*, Biblioteca de Cundinamarca, 1989.

³¹ ARANGO, Silvia, *Historia de la Arquitectura en Colombia*, Universidad Nacional, Bogotá, 1993.

ocasiones inútiles pero indispensables para conservar el estilo de vida burgués³². Para los años cincuenta, señala la autora, los ricos traen de Francia la totalidad de sus salones³³, buscando tener un hogar “moderno”, es decir, de corte occidental. Dicho mobiliario en parte lo adquirirían en sus viajes al exterior. Es de anotar, de acuerdo a esta descripción, que lo más moderno eran las áreas de las casas que tenían mayor contacto con el público. Martínez explica que desde las primeras décadas del siglo anterior, en las viviendas se organizaban tertulias, bailes y conciertos en los salones. Esta costumbre persistió a lo largo del siglo XIX, aun cuando en la segunda mitad del mismo, la ciudad ofrecía un poco más de distracciones a las que podían asistir los/as adultos/as de las familias, como fue el caso de la ópera, con la apertura del Teatro Colón.

La biblioteca, cuando se contaba con ella, era un espacio que se asociaba particularmente con los varones; en ella, la lectura, las acciones relativas a los negocios fuera de la oficina y, en ocasiones, la socialización del padre con sus familiares o amigos, eran las actividades esperadas. La biblioteca era así mismo el lugar donde se constataba el conocimiento europeizante letrado de los varones de la familia y por ende en parte su estatus social.

En las casas de este sector social de la población santafereña, se buscó recrear parte de lo que existió fuera de ellas. Un ejemplo lo constituyó la presencia de oratorios o altares pequeños para rezar cuando no se iba a la iglesia. Quienes más contacto tenían con los mismos, se esperaba que fueran las mujeres jóvenes y adultas, dado que estaban más circunscritas a los límites del hogar. En el oratorio a veces se reunían para la oración vespertina los miembros de la familia, en la que participaban los/as sirvientes/as. Cuando la vivienda no contaba con este espacio, era frecuente la presencia de santos/as en las casas. Otro ámbito frecuentado por la señora o señoritas del hogar era el salón de música, en el que era usual encontrar instrumentos como el piano. Esta actividad era aceptada para las mujeres en la Santa Fé de antaño como parte de sus actividades cotidianas, que en ocasiones era socializada en las tertulias y reuniones que se llevaban a cabo en los hogares.

A través del siglo XIX se implementó el jardín. El antiguo solar colonial que cumplía más con la función de huerta que de jardín, fue complementado con plantas ornamentales que se colocaron en los patios interiores. Alberto Corradine explica que el patio se tornaría en un espacio donde crecerían inicialmente arbustos y se transformaría finalmente, en razón del seguimiento por el refinamiento europeo, en el ámbito destinado al cultivo de flores y plantas aromáticas³⁴. Este lugar se convirtió, gracias al cuidado directo de la señora de la casa y de sus hijas, o bajo su dirección, en un ámbito de deleite visual y esparcimiento en el hogar. Fue frecuente que en alguno de los patios crecieran aves de corral y alguno que otro animal doméstico, pero cada vez menos estarían presentes las bestias de carga y los arrieros. En cuanto a los cuartos, la habitación de los padres adquirió independencia, así como la de los/as

³² GUERRA Lucia, 1999, *op. cit.*

³³ MARTÍNEZ C. Aída, 1995, *op. cit.*

³⁴ CORRADINE Alberto, 1989, *op. cit.*

hijos/as. Es de señalar que en ocasiones el señor y la señora tenían dormitorios separados. Igualmente ocurrió con los/as niños/as y jóvenes. Por consiguiente, se veía una clara demarcación por sexo y por edad.

El área del patio trasero, que estaba conformada por los cuartos de servicio, el lavadero y la cocina, era un lugar que se hallaba apartado y casi excluido de los “señores” e hijos/as de la familia, pero en contacto con la naturaleza, ya que en este patio se encontraban la huerta y los animales. La cocina decimonónica se caracterizó por ser un lugar oscuro, lleno de humo, de moscas y muchas veces de animales domésticos. Sin embargo, en un número reducido de casas a finales de siglo, se convirtió paulatinamente en un lugar caracterizado por la limpieza. Este lugar fue el que más sufrió transformaciones al inicio de la presente centuria; la implantación de la energía y los avances tecnológicos, permitieron a las familias con ingresos altos contar con aparatos como el fogón eléctrico³⁵.

El comedor, al ser el punto de reunión diaria de la familia, tenía una jerarquía definida; ésta se identificaba espacialmente de acuerdo a como se sentaban los/as comensales. El padre estaba en la cabecera y, en su ausencia ocasionalmente, la madre. La señora de la casa o las/os sirvientes servían la comida. El resto de la familia, de acuerdo a las reglas de urbanidad, sabía qué lugares ocupar; la manera de comer; la actitud que debían tener, etc. Es así como el comedor no se limitaba a ser el espacio de reunión familiar para compartir las comidas, sino que era el lugar en donde se acentuaban los roles jerárquicos entre los/as comensales, y entre estos y quienes les servían, por factores de edad, género, clase y, en ocasiones, étnicos. No olvidemos que los dueños de casa se sentían o buscaban ser “blancos” culturalmente y en lo posible también físicamente, y eso esperaban de sus hijos/as, mientras que sus sirvientes eran en ocasiones mestizos/as, mulatos/as, indios/as o negros/as (anexo 6).

La incorporación de conceptos como lo limpio y la intimidad del cuerpo generó una transformación del espacio doméstico. Las soluciones propuestas fueron hacer uso de la bacinilla, acudir a las letrinas de las casas o públicas, ubicadas sobre ríos; en cuanto al baño, hacer un paseo semanal a las afueras de Bogotá. Existía una opción alterna para el baño diario: consistía en que aprovechando un día soleado se ubicaba un platón de agua en el patio, se dejaba tibiarse el agua y la persona se bañaba en “chinge” sin la presencia de la servidumbre³⁶.

Para Zandra Pedraza, durante el siglo XIX los sentidos propiciaron un reconocimiento diferente del cuerpo y dieron paso a una nueva clasificación de sus aprehensiones³⁷. La noción de limpieza, que según la autora, involucra la vista y especialmente el olfato, revolucionó la percepción de los olores; igualmente la visión de la suciedad se convirtió en afrenta a la integridad moral y física:

³⁵ GONZÁLEZ, Lina Marcela, REYES, Catalina, “La vida doméstica en las ciudades republicanas”, en *Las mujeres en la historia de Colombia*, t. II, *op. cit.*, p.

³⁶ Fundación Misión Colombia, *op. cit.*, p.

³⁷ PEDRAZA G., Zandra, *En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad*, Universidad de los Andes, Departamento de Antropología, Bogotá, 1999.

Al subrayarse el papel de los sentidos en la aprehensión de la realidad y en el desarrollo de la persona y su importancia en la educación, se empezó a plantear la necesidad de despejar los sentidos, de suprimir todo lo que pudiera perturbar la percepción de “lo verdadero”: olores, basura, oscuridad, todo aquello que se interpusiera a una cabal apreciación de los fenómenos³⁸.

Miguel Angel Urrego señala que en el período comprendido entre 1880 a 1930 se da el paso de la bacinilla y la palangana al cuarto de baño³⁹. En éste había ducha, espejo, inodoro y objetos para el aseo personal como jabones, crema dental, crema de afeitar, etc. Esto permitió un encuentro de las personas con su cuerpo y la interiorización del mismo. El aseo personal pasó de las actividades diarias de lavado de manos y cara, o el baño semanal, a una limpieza de todo el cuerpo. Esto estableció ritmos cotidianos que alteraron tanto los horarios, como el significado de las prácticas diarias del aseo y los tradicionales paseos bogotanos a los ríos para bañarse el cuerpo. Así, las nuevas nociones de lo limpio y lo sucio cambiaron los ritmos cotidianos, pues el cuidado del cuerpo requería tiempo y un nuevo ritual en la intimidad.

Al comenzar este artículo se señaló que en ciertos barrios (por ejemplo San Victorino) era frecuente encontrar que en las casas de dos pisos, las familias de la capital arrendaban el primer piso y habitaban en el segundo. Esto dio lugar a las tiendas en las que trabajaban y habitaban pequeños comerciantes, artesanos, obradores y en ocasiones chicherías. Estos recintos se hallaban incomunicados con el interior de la casa y los patios, por consiguiente tendían a ser oscuros, anti higiénicos y faltos de ventilación⁴⁰.

La rápida descripción que se ha realizado de los hogares de la oligarquía santafereña, permite apreciar que los espacios existentes al interior del mismo estaban jerarquizados, reflejando las desigualdades que existían en la sociedad. Recordemos que la máxima autoridad en el hogar y el proveedor del mismo era el padre; él y los varones adultos cercanos al hogar o quienes vivían en él, constituían los referentes de lo masculino. En ausencia del padre, la autoridad y responsabilidad económica quedaba en cabeza de la madre, sin embargo, esto no se esperaba de ella. Lo ideal era que ella tuviera a su cargo las riendas del hogar durante el día mientras su esposo trabajaba, o por breves temporadas cuando él tenía que ausentarse. La mujer y el espacio hogareño estaban unidos. Este era el referente de lo femenino; y lo “femenino”, aun en “su propio” espacio, estaba subordinado, reflejando dicotomías asimétricas que hacían parte del imaginario letrado de la época como: cultura (masculino) – naturaleza (femenino), privado (femenino) – público (masculino), intelectual (masculino) – práctico (femenino). Es así como el mantenimiento del hogar, la crianza de los/as niños/as, la alimentación, la preservación de las buenas

³⁸ *Op. cit.*

³⁹ URREGO, A., *Sexualidad, matrimonio y familia en Bogotá 1880-1930*, Fundación Universidad Central-DIUC, Bogotá, Planeta Colombiana, 1997, p.

⁴⁰ VARGAS, Lesmes Julián, *La sociedad de Santafé Colonial*, Bogotá, Cinep, 1990.

relaciones en el hogar, la administración del mismo⁴¹, el cuidado de la naturaleza y el afecto a cargo de las mujeres fueron labores subvaloradas. Nos preguntamos frente al contexto descrito, ¿qué haríamos sin alimentación, limpieza y mantenimiento, descanso o afecto? ¿Podrían las familias y hasta la misma especie sobrevivir sin estas acciones?

En el cuadro que sigue a continuación presentamos una síntesis de lo antes expuesto.

ESPACIOS EN EL HOGAR	PRESENCIA DE GÉNEROS	USO	GÉNEROS / ESPACIOS
Sala, balcones, ventanas y vestíbulo	Varones y mujeres principalmente adultas	Socialización con el afuera (recordemos que son familias endógamas). Se llevan a cabo visitas, veladas, tertulias	Espacio y uso cercano a lo público: se asocia con lo masculino
Biblioteca	Padre, varones adultos que la visitan o que viven con la familia nuclear e hijos, a medida que se convierten en letrados	Fortalecer el conocimiento letrado existente, de origen eurocéntrico	Uso relacionado con lo visual en torno a la lecto – escritura: razón/ cultura/abstracción. Se asocia con lo masculino
Oratorio	Madre, mujeres adultas, e hijas	Afianzar el contacto con las divinidades católicas para beneficio personal, de La Familia y de La Sociedad en general	Uso práctico. Si bien el máximo control está en los varones jerarcas de la iglesia, en el hogar es la madre quien tiene a su cargo la moral y buenas costumbres. Se asocia con lo femenino

⁴¹ BERMUDEZ Q. Suzy, 1993, *op. cit.*

Cuarto de Costura	Madre, mujeres adultas y jóvenes	Coser, tejer, bordar, remendar con fines estéticos y/o de mantenimiento y reparación	Uso práctico, manual: se asocia con lo femenino
Cuarto de Música	Señora de la casa y señoritas	Relación con el arte siempre y cuando se circunscriban al ámbito privado	Uso práctico y manual: se asocia con lo femenino
Habitaciones de la familia	Diferenciados por género y edad: mayor presencia durante el día de mujeres adultas, jóvenes y niños/as	Descansar, dormir, arreglo personal, vestirse y desvestirse, recuperarse de enfermedades. Socialización familiar	Uso práctico, crianza y socialización: Se asocia con lo femenino
Cuarto/s del servicio	Separados de las habitaciones de la familia	Descansar por la noche y crianza de los/as hijos/as, si los hay	Uso práctico, descanso, limpieza, mantenimiento, alimentación. Se asocia con lo femenino
Cocina	“Sirvientas” y señora de la casa	Transformación de productos de la naturaleza para alimentarse	Uso práctico, alimentación, naturaleza. Se asocia con lo femenino
Huerta o jardín	A cargo de la señora de la casa o jovencitas; cuando esto no ocurre, las actividades se realizan bajo su dirección	Producción y reproducción de la naturaleza, para consumo o contemplación	Uso práctico, alimentación, contemplación. Se asocia con lo femenino
Baño		Lugar de higiene de la familia	Uso práctico, higiene; se asocia con lo femenino

En el cuadro anterior, fuera de sintetizar la información antes presentada para el hogar, hacemos referencia a la relación estrecha que existe entre el espacio vivido y el conocimiento, como ocurre en el hogar con las mujeres, al igual que el predominio del conocimiento abstracto entre los varones hegemónicos. Así mismo, se aprecia que son justo las áreas más cercanas a la naturaleza, a la tierra y al cuidado y preservación del cuerpo y del hogar, las menos valoradas como el patio, el jardín, la cocina, el lavadero, el cuarto del servicio y el baño.

3. unas últimas ideas

El espacio ha sido construido históricamente en Occidente como algo fijo, muerto, inmóvil⁴². Se le ha conceptualizado así mismo como “escenario” y base de la acción social, y no como parte de ella. Esta perspectiva terminó privilegiando la dimensión temporal de la actividad humana que en Occidente ha tendido a ser lineal, afectando nociones como “desarrollo” o “modernidad”, en detrimento de una perspectiva que haga converger tanto el tiempo como el espacio propio de estas actividades. Al temporalizar la acción, se olvidan las diferencias resultantes de la posición que cada individuo o grupo humano es en sí mismo.

Los baluartes del siglo XIX fueron el progreso, el orden y la civilización. Pero, como lo hemos señalado en este escrito, dichas acciones contenían una invisibilización y subvaloración de lo femenino, es decir, de lo espacial, del territorio, de la naturaleza y de quienes estaban cercanas/os a ella; y en el caso específico de este artículo, de las actividades realizadas por las mujeres en estos lugares. Si bien a ellas se las presentaba como el centro, corazón o ángel del hogar, y fueron el centro de reflexión de muchos escritos del siglo tanto en Europa como en América, su condición no mejoró sustancialmente con los avances propuestos por los letrados de la época. Esto se reflejaba en los espacios domésticos

El hogar habitado por la familia y vivido especialmente por mujeres e hijos/as, era diseñado en su estructura y construido por varones. Ellos difícilmente consultaban las necesidades ajenas y planeaban todo desde su óptica. Así mismo como vimos en la primera parte, esto ocurrió con el diseño de las ciudades, basadas en el ángulo recto⁴³, muros gruesos “inamovibles”, aguas canalizadas, luz permanente para acceder más fácilmente a lo “real” y evitar la oscuridad. En síntesis, “ordenar” y “someter” la naturaleza. El cuidado y el respeto que se le debía a la misma como estrategia complementaria inseparable de la producción y consumo, para preservar la vida, no era parte del “progreso” que se buscaba después de la “Independencia”. La reproducción quedó en manos de las mujeres y de los varones no hegemónicos.

⁴² SOJA, Edward, *Postmodern geographies. The reassertion of space in critical social theory*, Verso, London, 1989.

⁴³ GARCIA, Moreno Beatriz, “Las mujeres y los lugares de morar. Mujer morada y mujer moradora”, en *En otras palabras...*, N° 5, *op. cit.*

ANEXOS*

A. Croquis realizado por Don Diego de Torres y Moyachoque, hijo legítimo del encomendero de Turmeque Don Juan de Torres y Catalina Moyachoque hermana mayor del Cacique allí encomendado (Elaborado en el siglo XVI y redelineado por Carlos Martínez). Deseamos resaltar dos cosas: primero, la poca existencia de lo urbano y de su esquema reticular; lo segundo, la anotación en la esquina superior («por conquistar») que hace referencia a los Llanos, pero podríamos pensar en función del artículo, que la naturaleza está aún a la vista y por ende falta imponerle el «orden» deseado.



*Ilustraciones tomadas de: MARTÍNEZ Carlos, *Bogotá. Sinopsis sobre su evolución urbana*, Bogotá, Escala Fondo Editorial, Colección Historia, 1976.

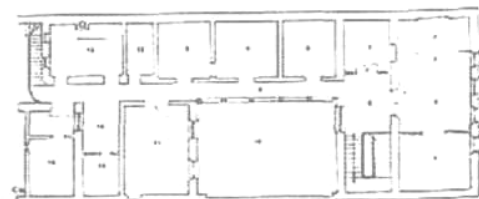
2. Pilas de agua. Estos eran lugares de abastecimiento para las aguateras.



3. Calle real del Comercio. Se aprecia la incorporación de faroles a la ciudad y las calles empedradas



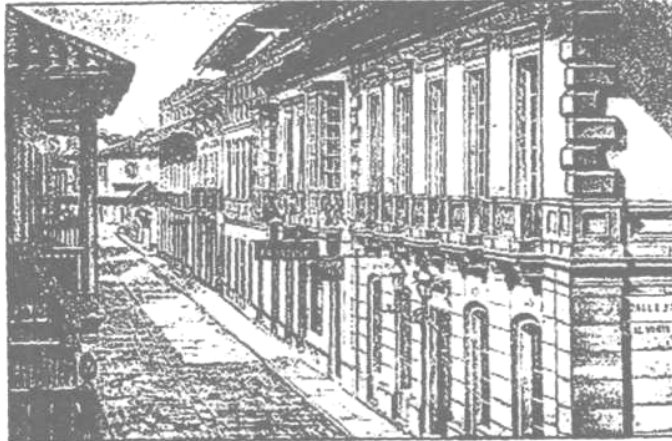
4. Plano de una casa construida en San Victorino a finales del siglo pasado. Se lee asi: 1. Balcón; 2. Espacio para el piano; 3. Grada; 4. Salón; 5. Salita; 6. Galeria; 7. Oratorio; 8. Dormitorios; 9. Corredor; 10. Vacio sobre el patio; 11. Comedor; 12. Baño; 13. Cocina; 14. Cuarto; 15. Despensa; 16. Dormitono del servicio.



5. A. Casa de Humboldt. Representativa de la arquitectura colonial



B. Calle que representa la arquitectura republicana.



TERCERA CARRERA DE FLORIAN HACIA EL NORTE
Actual carrera 8a entre calles 13 y 14

6. A la izquierda, Rincón de un jardín (Grabado de Eleazar Vanegas). A la derecha dibujo de un patio republicano.

